

El psicoanálisis del hombre y la mujer

Por ENRIQUE GUARNER

Segunda parte

LOS tres grandes valores del mundo actual han quedado representados por: el poder, dinero y sexo. Las mujeres rara vez escalan la jerarquía más alta en los gobiernos constituyendo excepciones los casos de Inglaterra, Canadá, Nicaragua y Filipinas. Por fortuna el éxito económico que en épocas pretéritas obtenían a través del sexo y me refiero aquí al legítimo derivado del matrimonio o sin él; lo pueden ganar compitiendo en el trabajo. La mayor parte de estos logros se han conseguido con los movimientos feministas, pero continúa en vigor el punto crucial de la sexualidad.

La realidad es que el comportamiento de los dos sexos resulta diametralmente diferente. El hombre tiene que penetrar y la mujer ser su receptora. Para poder funcionar adecuadamente, el varón necesita mantener la erección el tiempo indispensable para satisfacer a su pareja. Esto significa que el individuo perteneciente al sexo masculino se expone al fracaso y tiene que demostrar cierta habilidad. En contraste, la mujer no requiere de otro elemento que el deseo para producir placer al hombre. William Shakespeare percibía la situación al afirmar: "Para que dos personas se monten en un caballo, una tendrá que ir detrás".

En nuestra época el estado psicológico de la mujer se caracteriza por una ambivalencia entre sus nuevas y justas pretensiones y la actitud tradicional de haber sido una especie de mercancía para los hombres. Algunos rasgos de la pauta cultural han cambiado demasiado rápidamente como el de su libertad sexual provocada por el control de la natalidad, pero ello ha abierto una grieta entre las condiciones materiales de igualdad y la posición histórica, afectando profundamente a la organización familiar. Además de la emancipación femenina la autoridad centrada en el autoritarismo del padre ha desaparecido y está surgiendo un intento de democratización entre las diferentes generaciones. Sin embargo, debe añadirse que la herencia social corre peligro con el advenimiento de la pérdida de la feminidad, lo cual traerá defectos de identidad. Esto último ya se puede detectar en los hogares donde la divergencia que plantea la crianza de los hijos y la exigencia del trabajo competitivo hace que los papeles se inviertan.

Todo lo que expongo ha dado lugar a la desaparición de algo tan nefasto como el machismo. Este último nunca fue exclusividad de los mexicanos y así vemos cómo Luigi Barcini en su libro sobre los italianos habla del orgullo de los hombres de ese país, para los cuales la mujer fue situada en el mundo con el

solo objeto de divertirlos y decorarlos.

En Francia Napoleón Bonaparte llegó a afirmar que la "anatomía es destino" y es autor de un "Código" que proclamaba la misoginia puesto que en su artículo 223 da derecho al marido para prohibir el trabajo de su esposa. Es más, el 1428 proporciona la administración de los bienes de la mujer al hombre. Incluso hasta 1965 ellas no podrían abrir una cuenta independiente en un banco. No obstante debemos aceptar con De Gramont, autor de un libro sobre los galos: "La originalidad de la mujer francesa consiste en haber tenido el poder a pesar de estar privada de sus derechos legales".

En la sociedad alemana nos dice el psicoanalista Erik Erikson: "Cuando el padre vuelve a la casa hasta las paredes tienden a ponerse tiesas. La madre comienza a comportarse de manera distinta y se afana para que los niños no le molesten. Ellos retienen hasta la respiración porque al progenitor no le gustan sus torpezas. En otras palabras, no tolera ni el modo de ser femenino ni los juegos de sus propios hijos. Exige a su esposa que permanezca todo el tiempo a su disposición cortándole cualquier objeción a sus deseos".

En México como señala Santiago Ramírez el machismo se torna dramático: "La mujer es objeto de conquista violenta y sádica porque resulta violada y hendida". Su problema se deriva de la conjunción difícil de dos razas una proveniente de los conquistadores masculinos que se impusieron por la fuerza a los indígenas. El anhelo y nostalgia por la figura femenina original creó la subordinación de la nativa y las dificultades en la identidad de los hijos que nacieron como consecuencia de la consanguinidad.

El aspecto psicológico

Llama la atención el que el estudio de las características del sexo femenino no fuera iniciado hasta la segunda mitad del siglo XIX. Antes de esa fecha lo único que se afirmaba era que las mujeres mostraban ideas más sentimentales que racionales, carecían de exactitud en cuanto a sus observaciones y estaban faltas de sentido común. El filósofo Arturo Schopenhauer llegó a la ironía de que: "poseían los cabellos largos y pensamientos cortos".

Una actitud típica de lo anterior la adoptó el escritor alemán Otto Weininger en su libro "Sexo y carácter" de 1903. Para este autor la mujer tiene una sola finalidad e interés: la sexualidad. Ellas no tienen normas morales propias y la constante obediencia a las ajenas ha originado su costumbre hacia la mentira, la hipocondría y la predisposición hacia la histeria. Todo el texto es una acentuación de los defectos

femeninos y la alabanza de los masculinos. Según Weininger la mujer carece de capacidad para pensar con claridad y en su memoria repite aquello que se le ha enseñado elementalmente. Es sentimental pero incapaz de experimentar emociones profundas y no suele parecer los valores permanentes.

Sigmund Freud en varias de sus obras se ocupó de los factores que obstaculizan el desarrollo psicológico de la mujer y de la dificultad que ella experimenta en su transición desde la sexualidad infantil a la adulta. Para el psicoanalista: "La libido, o sea, la fuerza motora de la vida erótica es una sola para ambos géneros y se halla tanto al servicio de la función masculina como de la femenina". En la etapa infantil los dos sexos pasan por la fase oral, anal y fálica desplegando la misma actividad y las diferencias que existen débense a variaciones individuales.

Según la teoría de Freud el órgano que constituye la zona erógena dominante en la niña y el centro de su sexualidad es el clitoris, equivalente femenino del pene. En el tránsito hacia su vida adulta ella debe cambiar el centro de su sensibilidad por así decirlo, hacia un nuevo órgano: la vagina. Para que la mujer alcance su madurez tiene que aceptar que no posee el mismo órgano que el hombre. Esta ausencia se expresa con frecuencia en sentimientos de inferioridad y su respuesta con la necesidad de igualarlo obteniendo la independencia. Según Freud la raíz de las inconformidades femeninas se derivan de que su cavidad no equivale al instrumento característico que posee el varón.

La pubertad es para la adolescente un periodo de crecientes represiones, mientras que para el varón entraña un periodo una etapa de intensificación de sus impulsos. A partir de esta época el sexo femenino se ve obligado a reprimir su parte masculina y cuando no se puede efectuar el cambio surge la predisposición hacia la histeria. Las ideas de Freud podrían resumirse de la siguiente manera: la envidia del pene se convierte en una predisposición hacia los celos y lucha contra la injusticia de su posición subordinada. A consecuencia de ello la mujer se inclina hacia el narcisismo y suele excluirla de las grandes realizaciones culturales e intelectuales que generalmente han sido desarrolladas por los hombres.

Por otra parte la psicoanalista Karen Horney considera la interpretación de Freud sobre la psicología femenina como un producto derivado de la actitud narcisista masculina. Aunque la autora acepta que constitucionalmente la niña se halla en desventaja en relación al varón, cuando llega a la adolescencia ella posee la posibilidad trascendental de la maternidad. Horney afirma: "Cuando la

mujer alcanza la madurez y se convierte en madre, una gran parte de su vida sexual, quizá mayor que la del hombre en lo que respecta a su poder creador pasa a ella". Esta capacidad es en el fondo una superioridad indiscutible y añade: "La tremenda fuerza que tiene en el hombre el impulso hacia el trabajo creativo en todos los campos, ¿no se debe en realidad al papel relativamente menor en la creación de los seres vivientes? En este sentimiento el que lleva a los varones a compensar esa deficiencia mediante sus realizaciones".

Otra psicoanalista Helen Deutsch en su "Psicología de la mujer" resalta las reacciones hacia el embarazo que pueden provocar tanto cambios favorables como desfavorables. Es indudable que el narcisismo hacia el hijo es parte del propio YO y ella suele mostrar ambivalencia que se manifiesta en la lucha final del parto cuando los impulsos hostiles son movilizados hacia la expulsión del objeto previamente incorporado.

María Bonaparte publicó otro texto interesante sobre la bisexualidad femenina. De acuerdo con ella la presencia de lo masculino en la mujer no resulta más frecuente que el predominio de lo femenino en el hombre. Para Bonaparte la ausencia de un genital visible crea una gran protesta y cuando la persona no lo acepta no admite el del varón en el acto sexual amoroso.

Podríamos concluir que la vida impone exigencias corporales en el hombre y en la mujer. La carga del embarazo y la crianza de los hijos han sido la cauda de la vida errante del varón recorriendo la Tierra en expediciones de rapiña, de guerra, en empresas comerciales y de navegación. En contraste el sexo femenino fomentó la vida sedentaria para el cuidado de los hijos y con ello inicio el cultivo de las cosechas. Esta situación hizo que el hombre la desplazara dentro del proceso económico y se convirtiera en el líder.

En la naturaleza existen tanto instintos maternales como paternales, pero estos últimos suelen tener una fuerza mucho menor. Solamente entre ciertas aves los machos empollan cuando la hembra muere o es reclamada por una nueva empollación. Algunos primates como el gorila se conducen como protectores de sus hijos y cuantos los han presenciado hacen encomio del amor de los esquimales hacia la crianza. Sin embargo, siempre es la madre quien mejor desarrolla esta función.

Podríamos finalizar el tema afirmando que la humanidad es una totalidad y que el hombre y la mujer siendo distintos se complementan formando dos aspectos de la misma esencia que se integra mutuamente produciendo la bipolaridad de la vida.